TIRSO CALERO

EL ÚLTIMO VIAJE DE VÍCTOR REYES

Una novela basada en la serie de televisión Amar es para siempre

Planeta

Tirso Calero

El último viaje de Víctor Reyes

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Una licencia de Atresmedia Corporación para Planeta, © 2016, Atresmedia
© Tirso Calero, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2016
Depósito legal: B. 2.718-2016
ISBN: 978-84-08-14755-8
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

1. Madrid 9
2. Ginebra 21
3. Ávila 30
4. Vilar Formoso 40
5. Nyon 50
6. Vilar Formoso 53
7. Ginebra 57
8. Lisboa 65
9. Ginebra 72
10. Lisboa 80
11. Nueva York 90
12. Ginebra 95
13. Nueva York 103
14. East Hampton 111
15. Ginebra 118
16. Nueva York 122
17. Ginebra 128
18. Nueva York 133

19. Atlantic City 142
20. Barcelona 153
21. Beachwood 161
22. Atlantic City 168
23. Trenton 175
24. Ginebra 181
25. Nueva York 187
26. París 194
27. Barcelona 203
28. Ginebra 212
29. Barcelona 216
30. Sitges 225
31. Barcelona 230
32. París 235
Epílogo 242

Agradecimientos 247

1
Madrid

A pesar de estar bien entrado junio, todavía no hacía mucho calor en Madrid. En los cementerios, además, el ambiente suele ser más frío de lo normal. Por eso, Víctor Reyes no se quitó en ningún momento la chaqueta. Tampoco se despojó de su sombrero, aunque eso lo hizo por otro motivo. Sabía que era arriesgado dejarse ver en lugares públicos, cualquier descuido le podía llevar directamente a la cárcel. Cuanto más pudiera ocultar su rostro, mejor. Después de los últimos acontecimientos, se había convertido en un criminal nuevamente buscado por la policía. Al igual que le ocurrió muchos años atrás, cuando mató al capitán franquista que acabó con la vida de su mujer. La historia se repetía. Parecía que el destino quisiese que Víctor Reyes, o Enrique Forján, que era su auténtico nombre, fuera siempre un proscrito. No había paz ni sosiego para su espíritu. Lo único que podía hacer era fingir y huir. Siempre así. Ese era su sino.

Aunque las últimas palabras del comisario Arratia le habían tranquilizado un poco, Víctor era conscien-

te de que debía pasar el menor tiempo posible en Madrid. Tenía que escapar al extranjero. Era una prioridad absoluta.

—He dado orden en mi comisaría de no buscarle. Incluso he mandado quemar los documentos probatorios que teníamos contra usted. Pero no le garantizo que esa inmunidad dure demasiado. Más pronto que tarde, algún policía lo descubrirá y querrá echarle el guante. Debe marcharse lo antes posible con el pasaporte falso que consiguió —le explicó Arratia en su despedida.

En la lápida que tenía a sus pies, figuraba el verdadero nombre de su hijo: Víctor Forján. Aunque el muchacho se había ocultado bajo diversos nombres a lo largo de su azarosa vida, el que se mostraba en la losa era el auténtico, el que le habían puesto sus padres, Enrique y Reyes. El comisario Arratia, en otro caritativo gesto, había asegurado a Víctor que en la lápida del cementerio aparecería el nombre real del chico, y había cumplido su promesa. El agente era un hombre de palabra y, a pesar de los encontronazos iniciales, Víctor guardaba un buen recuerdo de él.

Se colocó frente a la tumba de su hijo. No había nadie más alrededor. Cuando se inclinó y posó una mano en el frío mármol, no pudo evitar emocionarse ni que una fina lágrima recorriera su mejilla. Víctor Reyes, el hombre imperturbable, el gélido asesino a sueldo, el delincuente sin escrúpulos, no fue capaz de aguantar más y se rompió. Eran demasiadas las

emociones vividas en las últimas semanas. Después de toda una vida siguiéndole el rastro, había encontrado por fin a su hijo, le había salvado de un secuestro por parte de unos terroristas del Consejo Ibérico de Liberación (CIL) y, finalmente, lo había visto morir desangrado en sus brazos. La búsqueda de su hijo era lo único que había dado verdadero sentido a su vida. ¿Qué hacer después de encontrarle y perderle para siempre?

Víctor, ante aquella lápida, pensó en la madre del chico. Reyes era su nombre. Valiente, generosa, audaz... Una mujer singular, capaz de empuñar un rifle contra los fascistas en plena batalla en la sierra, y de hacerlo sin pestañear, demostrando más valor que cualquiera. Sus ideales republicanos habían sido todavía más firmes que los de su esposo.

—No vengas al frente, Reyes. Es muy peligroso —le había advertido Víctor.

En vano. Nadie paraba a Reyes. Luchaba por recuperar la libertad en España y, para ello, era capaz de cualquier cosa, incluso estando embarazada. Al igual que su hijo, Reyes también murió en brazos de Víctor. Sucedió en una cuneta, cerca de la frontera con Francia, en una fría mañana de primavera. El destino era cruelmente caprichoso.

Víctor pensaba en esos dos momentos, en esas dos muertes, en esos dos discursos agonizantes. ¿Por qué él sobrevivió? ¿Por qué tuvo que cargar con el sufrimiento de ver morir a las dos personas que más que-

ría en el mundo? No hay nada peor para un marido que enterrar a una esposa. Bueno, sí, hay algo peor: que un padre entierre a su hijo. Víctor Reyes había pasado por esos dos calvarios.

Aunque había vivido todo tipo de peripecias a lo largo de su existencia, lo que le había ocurrido en los últimos días colmaba los límites de cualquier ser humano.

El motor de su vida había sido la búsqueda de su hijo. Desde que se lo arrebataron las tropas franquistas, Víctor no había dejado de buscarle. Contrató a infinidad de detectives para dar con él. Ese objetivo le había mantenido despierto, activo, con ganas de seguir luchando; y lo había llevado a abandonar la soleada Marsella para regresar de nuevo a España. Habría hecho lo que fuera con tal de dar con el paradero de su hijo. Pero, ahora, todo eso ya había acabado. No había búsqueda, no había objetivo, no había hijo y, en definitiva, no le quedaba nada. Por ello, Víctor se notaba vacío. Le costaba mucho encontrar sentido a su vida. Y, aunque él siempre se había caracterizado por la practicidad, las dudas existenciales comenzaban a asaltar su cabeza.

De pronto, un murmullo le sacó de su ensimismamiento. Eran dos funcionarios del cementerio que charlaban animadamente mientras transportaban tierra en unas carretillas. Los hombres, cigarrillo en boca, hablaban de fútbol, concretamente de la Copa de Naciones de Europa que se estaba celebrando en Madrid durante esos días. Uno de ellos decía que era imposi-

ble que España ganara el torneo, mientras que el otro decía que sí, que sería la selección campeona porque Franco haría algo para que eso sucediera... Este incluso se aventuraba a imaginar una hipotética y apasionante final contra la Unión Soviética.

Los hombres pasaron de largo y Víctor echó un vistazo a su reloj. No disponía de mucho tiempo. Pero antes de partir quería dedicar unas últimas palabras a su hijo. Directo, sin florituras, le pidió perdón:

—No merecías la vida que tuviste. Y sé que fue por culpa mía. Por no haberte encontrado antes. Lo siento, hijo. Lo siento mucho.

Esas palabras encerraban las sospechas de Víctor acerca de los motivos reales que habían empujado al joven a hacerse terrorista. Y es que Jorge Arteche (ese fue uno de los nombres falsos que más usó el químico) ingresó en las filas del grupo terrorista CIL para combatir contra el Gobierno franquista por el inmenso odio que sintió tras enterarse de que lo habían adoptado en un orfanato de las Vascongadas. Poco a poco, Jorge había ido descubriendo lo ocurrido con sus verdaderos padres, combatientes republicanos. Averiguó que lo habían separado a la fuerza de su madre y que tropas franquistas la habían asesinado en una cuneta. Lo que sabía de su padre era que había tenido que huir a Francia al final de la contienda, como tantos otros del bando de los perdedores. En definitiva, una familia hecha añicos por culpa de los fascistas. Ese odio se instaló en el corazón del chico y

le empujó a escoger un camino peligroso y tremendamente vengativo en la vida.

A Jorge no le importaba morir. Pero no era un asesino. Por eso, sufría cuando recibía órdenes del CIL que él no compartía. Se alistó en ese grupo para acabar con el Gobierno del dictador, no para perjudicar a seres inocentes. En realidad, era una buena persona atrapada por las circunstancias. Solamente quería luchar por un mundo más justo. Víctor era consciente del buen fondo del muchacho y se sentía muy orgulloso de él. La fatalidad quiso que apenas tuvieran tiempo para poder disfrutar el uno del otro.

De repente, una mujer elegantemente vestida, ataviada con un fular verde y un pequeño sombrero, se acercó a Víctor. Cuando estuvo justo detrás de él, posó una mano sobre su hombro.

Víctor se giró y sus ojos no expresaron sorpresa. Se trataba de Laura Blasco, la joven y bella empresaria propietaria de Químicas Blasco. Una mujer que también había sufrido lo suyo durante los últimos meses.

Laura se había casado con Julián Madariaga, un brillante abogado que ansiaba hacer carrera en política. Julián le había ocultado su condición homosexual y ese fue el principio del fin para Laura y para el propio Julián. La empresaria encontró consuelo en los brazos de Jorge Arteche, que entró a trabajar en Químicas Blasco con un objetivo que poco tenía que ver con su carrera profesional. Laura descubriría más tar-

de que Jorge era un terrorista y, además, quedaría viuda por el suicidio de su marido en la cárcel.

La única familia que le quedaba a Laura estaba en Barcelona. Se trataba de su hermano, Ismael Blasco. Un joven conflictivo, volátil, de espíritu débil. Se había trasladado a la Ciudad Condal para someterse a un tratamiento de rehabilitación en una clínica, pues había tenido serios problemas por su adicción a las drogas. El verdadero padre de Ismael era Aquilino González, gerente de Químicas Blasco. Aquilino se había convertido en uno de los pocos apoyos de Laura, pero en esos momentos había preferido, con cierta lógica, marchar a Barcelona para estar al lado de su hijo.

Así pues, Laura, al igual que Víctor Reyes, también se encontraba sola. Entre ambos había nacido una hermosa relación de amistad y de complicidad. No era amor. Pero sí había cariño, admiración y respeto. Eran dos seres solitarios, a la deriva, que se habían dado cuenta de que estando juntos se sentían más fuertes. Aunque fuera solo por instinto, por pura cuestión de supervivencia, ambos sabían que era mejor no separarse.

—Tenemos que irnos ya, Víctor.

Víctor asintió y se dio la vuelta para marchar, pero ahora era Laura la que no se movía. No podía evitar fijarse una y otra vez en la tumba del joven químico que le había arrebatado el corazón. Para Laura, Jorge Arteche había sido, sin duda, su gran amor.

«Ojalá le hubiera conocido antes», pensó la joven.

Antes de casarse engañada con un manipulador como era Julián Madariaga. Laura cerró los ojos pensando en el momento en que descubrió que Jorge era un terrorista...

—Yo participé en el secuestro... y una bala mía impactó en tu madre. Fui yo..., pero te juro que no quería... Perdóname, te lo suplico... Quiero morirme sabiendo que me has perdonado.

Eran las palabras que Jorge, agonizante, recitó a Laura, impactada y conmovida a partes iguales. Si Víctor Reyes había sufrido lo imposible en los últimos meses, Laura Blasco no se había quedado atrás. La joven estaba ante la tumba del hombre que había matado a su madre y, sin embargo, no podía mirar con rabia su lápida. A pesar de todo, amaba a ese hombre. Se había enamorado del asesino de su madre. Así de simple y contundente. Obviamente, el tormento interior de Laura no era menor.

Víctor, viendo que la muchacha se había quedado inmóvil ante la tumba, la agarró de la mano para animarla a empezar a caminar.

—Vámonos. Aquí ya no podemos hacer nada. Hay que seguir adelante.

La pareja comenzó a alejarse de la lápida de Víctor Forján mientras caían las primeras gotas. Amenazaba tormenta.

Víctor y Laura llegaron en taxi a la Estación del Mediodía. Mozos, comerciantes, soldados, escola-

res... El sitio era un crisol de gentes. Víctor había logrado comprar dos billetes de tren hasta Lisboa. Sabía que debía abandonar el país a la mayor brevedad posible, y la capital lusa era un buen destino para, desde ahí, emprender viaje con rumbo a América. ¿Sería el Nuevo Mundo el lugar desde el que empezar a vivir sin sufrimiento? Víctor quería creer que sí, aunque no estaba seguro de ello.

La pareja llegó hasta un cartel en el que terminaría por aparecer la vía del expreso de Lisboa. Todavía les quedaba algo de tiempo.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó él.

Laura sonrió y asintió. No tenía por qué huir de Madrid, pero había decidido acompañar a Víctor en su viaje. Este, con calma, le quería hacer ver que no tenía por qué ser así. Había una gran diferencia entre ellos dos. Una diferencia que consistía en que él era un delincuente, un prófugo de la justicia, mientras que Laura no tenía por qué esconderse o escapar. Era una ciudadana respetable, viuda, adinerada, joven. ¿Por qué arriesgarlo todo? ¿Por qué acompañar a un criminal como él?

—Porque ya no me queda nada por lo que luchar aquí.

Víctor meneó la cabeza en señal de desaprobación. ¡Claro que tenía cosas en España! ¡Claro que le quedaban motivos por los que permanecer en el país! Por ejemplo, tenía un hermano en Barcelona...

—Él estará mejor con su padre. No han tenido tiempo para cuidarse el uno al otro. Es justo que yo me retire para dejarles esos momentos, esa vida que no han podido disfrutar todavía. Aquilino sabrá ser un buen padre para Ismael.

Apeló entonces a la empresa, a Químicas Blasco. ¿Qué sería del negocio a partir de ese momento? Laura le aseguró que lo había dejado todo bien atado mediante unos poderes notariales. Aquilino González sería el nuevo presidente y él sabría gestionar bien la compañía. Víctor no lo entendía, pues sabía del trabajo y empeño que la joven había invertido en poner en marcha la droguería de la plaza de los Frutos. ¿Por qué renunciar ahora a todo ello?

—Porque, si me quedara aquí con ese negocio, no podría evitar pensar en todo lo que he sufrido... Yo también necesito escapar para pasar página. Y quiero hacerlo contigo.

Víctor no pudo evitar emocionarse. Esas palabras, en cierta medida, le habían conmovido. Con un gesto cariñoso, acarició la mejilla de Laura, que estaba a punto de soltar una lágrima.

—Yo te protegeré, Laura.

—Lo sé, Víctor.

De repente, un ruidoso tumulto se originó cerca de los andenes. Él y Laura se miraron extrañados. Unos policías uniformados habían irrumpido en la estación.

—¿Vienen a por ti? —preguntó ella.

Víctor intentó guardar la compostura y, rápidamente, cogió un periódico de un puesto cercano para cubrirse el rostro. Los policías se acercaron. Él, por si acaso, se palpó la chaqueta para comprobar que llevaba consigo una pequeña pistola. Desde hacía muchos años, siempre iba armado. No le quedaba otro remedio. Durante un instante, tuvo el impulso de sacar el arma, pero la propia Laura le pidió que no lo hiciera. Los policías estaban ya junto a ellos...

—¡Allí! ¡Allí está!

Un mozo de carga había gritado, indicando dónde se escondía el motivo por el que la policía se había presentado en los andenes. Víctor y Laura cruzaron una mirada de desconcierto. A pocos metros, un ladrón había dado un tirón al bolso de una señora y había empezado a correr a la desesperada. Los agentes emprendieron la carrera entre los andenes. Ese era su verdadero objetivo. Algunos curiosos se acercaban para ser testigos de la persecución. Él y Laura respiraron aliviados.

Un disparo retumbó con fuerza. Inmediatamente, los gritos de la gente. El ladrón había caído abatido porque no se había detenido tras recibir el alto de la policía. Una bala agujereó sin remisión su corazón. La vida del ratero había acabado ahí, junto a los andenes de la Estación del Mediodía. Pocas personas le iban a echar de menos. Al lado del cuerpo inerte, el bolso que el infeliz había robado.

Laura, instintivamente, se abrazó a Víctor, y este

aprovechó para volverle a preguntar si, después de lo visto, quería emprender un viaje a su lado. Era un riesgo que ella no tenía por qué correr. El peligro los acompañaría en todo momento y ella no merecía pasar por eso. Laura le miró a los ojos y le aseguró que no tenía ninguna duda. Deseaba ir con él a Lisboa.

—Está bien. Vamos a montar en el tren. Tengo ganas de salir de aquí.

La pareja enfiló el andén con el poco equipaje que llevaban para su nueva vida. Ninguno de los dos pudo evitar echar una mirada al cuerpo del joven ladrón que yacía en el suelo, rodeado de policías.

Víctor y Laura subieron al tren sin sospechar que un agente de la secreta los observaba desde cierta distancia. Ese hombre no había acudido a la estación en busca de ladrones de poca monta. Su objetivo era Víctor Reyes, o, mejor dicho, Enrique Forján.